

cida por sus más encumbrados adversarios, por más que sean muchos los estudiosos que se equivoquen.

Y en esta encrucijada de ideas hemos creído ver la solución de nuestro enigma.

Tres movimientos metafísicos, plotinismo, hinduismo, Gnosis, tres modos de captar lo Absoluto y revelarse en la historia. Por su universalidad de esencias, las tres doctrinas se aproximan; por su manera de expresarse, se distinguen. Pero ninguno de ellos necesita de los otros para existir, aunque los tres se emparentan. La cuestión del parentesco asienta en fundamentos anhistóricos, en los que poco tiene que hacer nuestra menguada ciencia histórica, los motivos de sus diferentes rostros temporales, por el contrario, son históricos y sus fuentes deben buscarse en la dimensión metafísica de la misma orientación cultural. El hinduismo serenamente mantenido ante los estragos del tiempo, pareciera ser cuna de sus hermanos, de Plotino y de los gnósticos, pero es difícil probar esta filiación, ella, sin embargo, se encuentra en los estratos más profundos de las tradiciones propias, en Grecia, en el judaísmo: la razón de una identidad y de un conflicto.

## INCIDENCIAS DE LA DIMENSION HISTORICA EN LA FORMACION TEOLOGICO-PASTORAL \*

Por J. L. LAZZARINI, S.J. (San Miguel)

La profunda conciencia de la Iglesia de ser la portadora de la salvación de algún modo vertebra sus veinte siglos de historia. Esta conciencia dialectizada con la marcha de la humanidad conoce momentos fuertes y lúcidos y otros en que parecen desdibujarse los contornos del paisaje.

No es mi intención pretender caracterizar la historia de la Iglesia en una sucesión de momentos fuertes y momentos débiles. No es fácil reducir a categorías englobantes la marcha de la Iglesia, porque ella está llamada a hacer una síntesis asaz compleja. Así, por ejemplo, si el análisis de los hechos eclesiales quiere caracterizarse por una actitud asumidora, por un lado, y por una actitud defensiva, por otro lado, me temo queden en el claroscuro tramos históricos en que la Iglesia se repliega, pero no por una actitud defensiva censurable, sino por una inteligente táctica tendiente a preservar sus fuerzas cuando la amenaza de desintegración está de algún modo latente en diálogos concretos o la prudencia aconseja no arriesgar lo que en conciencia es inarriesgable.

Las categorías englobantes han entrado en juego también en análisis un poco ligeros de las actitudes eclesiales frente al problema de la justicia en el mundo, dividiendo los hechos —poco matizadamente— en actitudes de compromiso o actitudes cómplices. Pareciera que se ha descuidado en la consideración de las actitudes eclesiales la obvia sagacidad y realismo de quien en el escenario de la lucha sólo puede prometerse frente al león ser zorro.

En la medida que el análisis histórico de la marcha de la Iglesia puede prometerse más realismo, tanto más fecundos podrán resultar estos análisis para percibir las incidencias de la dimensión histórica en la formación teológico-pastoral.

Si miramos a la Iglesia en estas últimas décadas de su vida pareciera que se nos impone un hecho como más relevante y significativo: la Iglesia ha calado más hondo en su misión de universalidad. Su vocación de reunir los pueblos en comunidad, la ha llevado a descubrir que sólo el respeto por las identidades diversas de los pueblos podrán realizar el ágape, el amor. Su mensaje no podrá ser por tanto un producto

\* Esta fue la clase inaugural del año lectivo en las Facultades de Filosofía y Teología de la Universidad del Salvador. [Nota de la Redacción.]

abstracto uniforme y uniformante, porque la misión de la Iglesia no se reduce a un internacionalismo más.

Desde esta perspectiva la Iglesia ha asumido el hecho más importante de nuestro siglo: el despertar de los pueblos a su propio destino y en la asunción de este hecho le toca la misión de dar consistencia a esa identidad de los pueblos dándoles el sentido más profundo de su pertenencia.

La Iglesia sabe que la vocación y el destino de los pueblos sólo se realiza cuando esa vocación y ese destino apuntan a la gran comunidad de todos los pueblos y la Iglesia sabe también, que únicamente en la esperanzada travesía del Reino, la justicia, la paz y la unidad tienen su real consistencia.

Esta misión de universalidad de la Iglesia no se desarrolla en un clima bonacible sino que se gesta en el conflictuado horizonte de las relaciones geopolíticas internacionales.

De esta conciencia de universalidad de la Iglesia surge la incidencia clave para la formación teológico-pastoral. Esta formación no podrá asentarse en un nacionalismo ahogado en su propia inconsistencia, pero tampoco en un internacionalismo abstracto que más que encarnarse sobrevuela difusamente sobre panoramas diluidos, como fotografías armadas a priori, sin advertir el paso concreto del Dios que salva en la historia y no fuera de ella.

Los movimientos de renovación pastoral en nuestros países americanos surgen marcados por esta preocupación de adaptación al medio. La preocupación fundamental ha sido, sin duda, la preocupación por el problema social. Por ello, el instrumento mediador de la teología y de la acción pastoral que se privilegió fueron las Ciencias sociales.

En un primer estadio del proceso se manejaron las sociologías estructural-funcionalistas. No preocupó a quienes usaban este instrumental al detectar los supuestos ideológicos de este método de análisis y sus conclusiones se vieron afectadas de ahistoricidad, cuando no de simplismo histórico. De esta manera, los sociólogos religiosos pretendieron agotar el cristianismo americano con categorías de cristiandad sacral abrevada en un sacramentalismo mágico falto de opción personal y de responsabilidad en tareas temporales.

Un ingenuo optimismo por la eficacia del instrumental, un cientificismo que creía en la neutralidad de las ciencias, sacó conclusiones que pretendían embarcarnos en una evolución, que so pretexto de lo universalmente válido de las ciencias, nos alienaba de nuestra marcha original por la historia, para convalidar los pasos de nuestro sometimiento.

Este progresismo era en el fondo una reedición de la mística del progreso inspirada en Saint-Simons y que se implantó en nuestras tierras en la segunda mitad del siglo XIX.

Conocemos cómo la conciencia de la dependencia rompe con este optimismo progresista. La teología de la liberación sale a luz con esta conciencia de nuestra realidad dependiente y quedará atrapada en muchos casos, en una teoría de dependencia sin poder entrar en el corazón mismo de nuestros pueblos americanos. Es como si la conciencia inicial de misión no hubiera podido desarrollarse, como si la falta de sentido histórico hubiera impedido a esas teologías adentrarse en nuestras raíces culturales y descubrir allí los rasgos que nos identifican política y eclesiásticamente.

En muchos de los escritos de teología de la liberación, el desconocimiento de los hitos históricos que configuran una conciencia americana de dignidad e independencia llevan a considerar las derrotas tácticas de nuestros pueblos como hechos que nos hubieran vaciado de conciencia de dignidad, y nos hubieran imposibilitado el pensar nuestro propio proyecto y nuestra original estrategia de liberación. El pretendido vacío se llenará entonces con teorías de liberación que no sólo son extrañas sino que a la postre recomponen el Imperio. Se experimenta la sensación de estar frente a místicas de derrota y que nacen derrotadas, como si la historia de América fuera la historieta gris de una cárcel, una pálida trayectoria ayuna de victorias y de proyecto.

La falta de sentido histórico lleva en estas teologías a un raro historicismo. La biblia, reducida a paradigma —por no decir a ejemplo— se aplica sin mediaciones a situaciones actuales leídas a la ligera. Así por ejemplo, hemos escuchado alguna vez aplicar la rica teología del “resto de Israel” a algún grupo político-religioso de nuestros días que ostenta una incurable vocación de minoría.

En estos últimos años, en Argentina, la atención a ciertas realidades, particularmente a la realidad de la religiosidad de nuestro pueblo, va desembocando en una nueva manera de pensar teológico.

Se habla de pastoral popular y de una teología que acompaña esa praxis, pero la perspectiva no quiere ser sectorialista, como si se tratara de la pastoral de los sectores populares. Por el contrario se quiere hacer reflejo un hecho total, se quiere ser fiel a la misión de la Iglesia de acompañar a los pueblos en la afirmación de su identidad.

Se trata por tanto de una concepción de Iglesia desarrollada en la *Lumen Gentium* del Vaticano II y de una visión peculiar de la historia de la humanidad. La historia humana no será la historia de la lucha de clases —como en alguna otra postura ideológica— sino la marcha de los pueblos que reivindican un puesto digno en la comunidad de los pueblos que buscan una más íntima integración para resolver los problemas que aquejan a todos. Es la marcha a una realización más plena de la unidad, de la justicia y de la paz.

En esta visión, quienes gestan la historia no serán ya individualidades que emergen de una suma indiferenciada de individuos, tampoco

una clase determinada con pretensiones de hegemonía, sino los pueblos. Pueblos de tal manera organizados que actúan a modo de sujeto colectivo con un perfil histórico que revela sus contradicciones y sus originarias maneras o formas de solución. Estos pueblos se alimentan en una memoria, y en esa memoria advierten los momentos privilegiados. Momentos de robustecimiento de esa conciencia fraterna donde el teólogo puede advertir verdaderas concentraciones de gracia, un aumento en la vivencia de la fe, de la esperanza y de la caridad. Estos momentos tienen la peculiaridad de potencializar tal energía que podríamos hablar de un verdadero entusiasmo biológico para arremeter con los pasos que la historia exige. En nuestra jerga teológica hablaríamos de que los pueblos tienen su "kairós".

La densidad de estos momentos privilegiados obliga al hombre a buscar nuevas relaciones del hombre con el hombre, del pueblo con los pueblos, del hombre con la naturaleza y del hombre con Dios. Son saltos cualitativos en la conciencia de los pueblos, verdaderas revoluciones culturales donde se revisan las concepciones pasadas y se adquieren nuevas perspectivas.

Esta visión pastoral advierte que los pueblos tienen corazón, un ethos cultural profundamente unificante. Y en el caso del pueblo argentino son muchos los pastores que nos hablan del corazón cristiano de nuestro pueblo. Corazón que en sus peticiones, en su manera de vivir y de morir, refleja las Bienaventuranzas de Jesús: una vocación de unidad porque se sabe pobre; una vocación pacificadora de mansedumbre indómita que busca la victoria y no cualquier combate porque en la paciencia y en la esperanza sabe que su obligación es vencer. Corazón que tiene la certidumbre que poseerá la tierra y la poseerá mansamente, no con la voluntad destructiva y dominadora.

El corazón de los pueblos sustenta una sabiduría superior a cualquier postura científicista y a la razón ilustrada que la sustenta. Y esa sabiduría superior ricamente leída a la luz del Magisterio y la tradición teológica de la Iglesia traza un camino de pensar teológico y de formación pastoral.

Esta teología pretende instaurar un camino de superación de las ideologías de la modernidad. Estas ideologías no pueden curar la injusticia del Imperio porque participan de su misma irracionalidad destructiva. El Imperio en su afán de dominio ha destruido la naturaleza, ha destruido al hombre, ha pisoteado los límites. Para el Imperio no queda ningún no-yo que lo limite en sus pretensiones. Los no-yo de las ideologías de la modernidad, parecen ser diques endeble para contener el afán del hombre de explicarlo todo e interpretarlo todo. La marcha esperanzada de los pueblos, en cambio, parece tener la clave para que el hombre vuelva a pensar que Dios es la medida de todas las cosas.

El trabajo es serio porque a los pueblos no se los conforma con una

enredada maraña de opiniones. Los pueblos deben alimentarse de sólidas verdades y para que esta tarea no se convierta en un populismo fácil que erija cualquier dicho popular en principio teológico sería bueno recordar aquí las sabias palabras de Francisco Vitoria "El deber y la función del teólogo es tan vasto que ningún argumento, ninguna discusión, ninguna materia, parecen ajenas a su profesión. Este es acaso el motivo de que se diga de ellos lo que de los oradores decía Cicerón: que han de ser contadísimos, por ser también muy pocos los que se revelen esclarecidos en todas las materias necesarias para esta profesión de buenos y sólidos teólogos. El estudio de esta disciplina ocupa el primer lugar en el mundo, y le llaman los griegos tratado de Dios. Por lo que no debe parecer extraño que en tan difícil situación se encuentren pocos varones consumados".